

Academia de Buenas  Letras de Granada

DISCURSO

PRONUNCIADO POR LA

ILMA. SRA. DOÑA MARÍA PILAR NÚÑEZ DELGADO

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA
COMO ACADÉMICA NUMERARIA

Y

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON ESTEBAN DE LAS HERAS BALBÁS

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA
EL DÍA 17 DE NOVIEMBRE DE 2014

GRANADA
MMXIV

Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada

Apartado de Correos 1013

18080 GRANADA

<http://www.academiadebuenasletrasdegranada.org>

Imprime: Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S.L., Granada

Depósito Legal: Gr-2.207-2014

DISCURSO

DE LA

ILMA. SRA. DOÑA MARÍA PILAR NÚÑEZ DELGADO

Determinación de claridad

Memoria de la escuela en Antonio Muñoz Molina

Señor Presidente,
señores Académicos,
señoras y señores,
amigos todos:

ES de justicia que comience mi intervención expresando mi agradecimiento a la Academia de Buenas Letras de Granada por el honor de haberme elegido para ser uno de sus miembros y poder colaborar así con su destacada tarea. Me honra y me complace formar parte de una institución que tan activamente contribuye a mantener la presencia viva de la literatura en la ciudad, y en cuya nómina figuran admirados profesores, escritores y amigos que ejercen su magisterio dentro y fuera de sus límites. Especial mención he de hacer, por mantener mi prurito de justicia y gratitud, a don José Gutiérrez Rodríguez, que ha puesto a mi disposición su saber y su vasto fondo documental.

Para corresponder a este honor, me pareció, desde el primer momento, que el tema del discurso con el que habría de culminar formalmente mi ingreso debería combinar aspectos de mi profesión con los gustos personales en materia de letras porque ambos, que son al fin y al cabo una misma cosa, me han traído hasta aquí. Permítanme que, a modo de exordio, explique los motivos.

Con esta premisa, la de aunar lo personal con lo profesional, la elección del escritor sobre el que habría de versar este discurso estaba, más que racionalmente decidida, determinada sin remedio: Antonio Muñoz Molina. Y no solo por su vinculación con Granada, sino —y sobre todo— porque le debo muchos insomnios, mucha reflexión, mucha mimesis, muchos argumentos, mucha compañía, mucho placer

de lectora embebida en sus palabras desde que empezó él a publicar cuando yo era todavía estudiante de Filología Hispánica, alumna, entre otros, de don Antonio Sánchez Trigueros, con quien, por feliz azar del destino, comparto tantos años después la medalla J de esta Academia.

En ese tiempo, cuando Muñoz Molina aún vivía en Granada, pensé alguna vez buscarlo para decirle lo que me gustaban sus novelas y sus artículos, para tratar de expresarle cómo y por qué me reconocía tanto en su voz y en su mirada sobre el mundo, en su manera de narrarlo; pero mi timidez encontró como excusa lo ridículo de verme ante él para desgranar lo que con certeza no iba a ser más que un cúmulo de banalidades. Sabía que en ese momento y hablando cara a cara no podría explicar nada de lo que sus textos eran para mí, de modo que desistí y quedé pendiente el intento de escribirlo algún día.

Desde entonces sin duda ha habido ocasiones. La presencia del escritor en las redes sociales facilita ponerse en contacto con él, pero tampoco por ese medio podría decirle yo nada que fuera distinto de lo que la multitud de sus lectores le comenta a diario en su blog, y otra cosa no era posible: mi experiencia de lectora abducida por sus tramas hasta aislarme de mi espacio y de mi tiempo forma parte de una intimidad tan secreta como inefable. Valga, para ilustrar, un ejemplo. *Beatus Ille* había salido en enero de 1986, cuando yo estaba casi literalmente encerrada estudiando oposiciones para lograr ser profesora de Lengua y Literatura en Bachillerato. A duras penas me contuve y reservé la lectura para las siguientes vacaciones, las de Semana Santa, porque quería leer la novela sin distracciones ni mala conciencia. El viernes de dolores, 21 de marzo de

ese año, empecé el libro por la mañana. Tenía que haber salido de viaje ese mismo día a primera hora de la tarde, pero no pude parar de leer, así que no hice las maletas, no cogí el teléfono, no me senté a la mesa a comer y solo salí un minuto de Mágina —en cuyo Registro Civil aspiro desde entonces a estar inscrita un día— para suplicar que aplazáramos el viaje hasta la mañana siguiente, cuando hubiera terminado la historia. Se me concedió la prórroga.

Aprobé las oposiciones, fui profesora en distintos institutos de Andalucía durante muchos años y desde el principio me topé con una realidad tan sabida como inaceptable: a mis alumnos no les gustaba mi asignatura, no les interesaba la literatura, no les gustaba leer..., y yo no sabía qué hacer para que leyeran. No podía renunciar a darles lo que los libros me habían dado a mí, tenían derecho a la ficción para poder sobrellevar una realidad, la del Campo de Gibraltar de finales de los 80, tan dura como injusta; tenían derecho al conocimiento para poder salir físicamente de ella. Y sin embargo, mi formación para el oficio no incluía ninguna clave para hacer eso tan importante. Consulté bibliografía especializada, asistí a cursos, pregunté a los colegas veteranos y, mientras aprendía, hablaba en clase de libros, recitaba poemas, explicaba, obligaba a leer. La fórmula infalible no llegaba nunca, así que, sin nada que perder, la profesora empezó a permitir que entrara en el aula la lectora, que hasta entonces se había mantenido un tanto al margen porque esa faceta formaba parte de la vida personal, no de la profesional. Hablaba en mis clases de los textos prescriptivos del programa y también de cómo empecé yo a ser lectora, de obras y autores que me habían atrapado, de tramas, de emociones, de sorpresas y descubrimientos.

Les proponía a mis alumnos que habláramos de leer, que pensarán motivos por los que una persona puede preferir la lectura a otras cosas o que imaginaran qué encuentran en los libros quienes los aman.

Ahí empezó realmente mi oficio de docente, un oficio que se parece en mucho al de escritor, tal y como el propio Muñoz Molina lo caracteriza en su intervención en el acto de entrega del Premio Príncipe de Asturias de las Letras el 25 de octubre de 2013: «Un oficio, cualquier oficio, requiere una inclinación poderosa y un largo aprendizaje. Un oficio es una tarea que unas veces resulta agotadora o tediosa por la paciencia y el esfuerzo sostenido que exige, pero que también depara, cuando las cosas salen bien, momentos de plenitud, y permite entonces la recompensa de un descanso que es más placentero porque se siente bien ganado, al menos hasta cierto punto». Así pues, además de en lo personal, también en este recorrido profesional el escritor me ha acompañado y, en muchas ocasiones, me ha ayudado a redescubrir la dignidad de mi trabajo cuando las circunstancias parecían empeñarse en desvalijarlo de todo sentido.

En muchas de las novelas y relatos de Muñoz Molina aparecen sus recuerdos de la escuela y los maestros. Como dice en *El Robinson urbano* que le pasa al calendario de Granada, también en su obra abundan las trampillas practicables que llevan a los túneles del pasado. A menudo se repite, sobre todo en el universo narrativo de *Mágina* y como una forma de reconocimiento de su propia suerte, el caso de muchachos despiertos, inteligentes que, por influencia de un maestro que ha captado su valía, logran estudiar venciendo la resistencia de sus padres y, sobre

todo, su destino. Aparece también una clara conciencia de cuál hubiera sido ese destino —demasiado presente a su alrededor como para no verlo— y de que fueron muchos los que no pudieron burlarlo. Un breve repaso cronológico por su narrativa nos permite constatar estas afirmaciones.

En *Beatus Ille* (1986) Jacinto Solana logra, como el propio Muñoz Molina, seguir estudiando en vez de continuar el trabajo en la huerta al que estaba destinado. La biblioteca, otro elemento clave —en este caso la de Manuel— le abre la puerta a la literatura y al saber. Solana lee los mismos libros que el escritor ha citado a menudo como los responsables definitivos de su afición a la literatura: Verne, Dumas, Twain, Stevenson..., y hasta acaba escribiendo la misma novela que él.

También en *El jinete polaco* (1991: 11) Manuel, «[...] crecido en las huertas y en los olivares de Mágina, destinado a dejar la escuela a los catorce o a los quince años y a trabajar en la tierra al lado de su padre y de sus abuelos...», ha podido estudiar y con ello tener acceso a esa otra vida que se le anunciaba en la radio y en el cine, una vida en la que gracias a su oficio de traductor simultáneo viaja constantemente por esas ciudades cuyos nombres extranjeros leía en su atlas escolar como en una ensoñación de su anhelo de aventura; por eso puede encontrarse con Nadia y enamorarse de ella en vez de estar casado con una muchacha del pueblo «tras siete u ocho años de noviazgo»; una novia que sería sin duda una de esas niñas, compañeras suyas, que a los 14 o 15 años dejaron de ir al colegio y de jugar en la plaza de San Lorenzo para ayudar en sus casas, donde limpian, acarrean agua y preparan la fiambra para el campo a sus hermanos, todos ellos «...resignados

a no ir a la escuela y a trabajar con una furia desesperada de adultos» (1991: 137). La madre del narrador fue otra víctima de ese destino tan común para muchos españoles hasta no hace muchos años, como la del propio autor, quien la retrata cuando Manuel mira con ternura cómo la suya se afana sobre sus cuadernos escribiendo despacio, con lápiz, y con letra grande e infantil, pues ha vuelto a la escuela cincuenta y cinco años después de que tuviera que dejarla porque la cerraron por la guerra.

Hasta en *Los misterios de Madrid* (1992), folletín publicado donde hay que publicarlos —al menos en primera instancia—, en un periódico, el inefable Lorencito Quesada comparte con Muñoz Molina su afán de ser culto, su gusto por el articulismo y su aprecio por este como «una forma soberana de literatura» (*Autorretrato*, §12). El periodista y detective muestra constantemente su preocupación por el buen decir, aunque su falta de formación dé lugar a esas versiones particulares de expresiones, como *santo sanctorum* o la *puñalada trasera*, que complementan la fina comicidad con que se ha trazado el personaje, derivada tanto de este hecho como de su manifiesta falta de juicio (Steen, 2007).

Casi una década después, las historias de *Sefarad* (2001) incluyen asimismo este reconocimiento de la fortuna que constituye el acceso al estudio, aunque se incorpora de forma explícita un matiz relevante, pues no solo se menciona esa especie de azar de «soslayar el destino» sino que se añade como requisito una especie de predisposición o actitud personal que lo hizo posible: «De niño obedecía con placer a mis padres y a mis profesores, y obtener notas excelentes y ser considerado un alumno ejemplar me llenaba de orgullo. [...] No fingía, como he inventado

después, no me empeñaba en sacar buenas notas por la vocación de escapar a la vida estrecha y al trabajo en el campo que predestinaba mi origen. Estudiaba porque eso era lo que debía hacerse, y porque el cumplimiento de esa obligación me complacía tanto como el de los preceptos religiosos» (Olimpia, 232-233).

El viento de la luna (2006), novela de recuerdos más claramente autobiográfica, es asimismo prolija en referencias a la escuela. En el verano de 1969 el niño narrador se acerca ya a la adolescencia, tiene 13 años, y se da cuenta de que hay escuelas gratuitas, a las que van los hijos de los pobres, y otras de pago, como los jesuitas, donde Muñoz Molina cursó como becario la primaria y donde le dio clase don Luis Molina, el maestro que sembró en él las ganas de seguir estudiando, que convenció a su padre para que lo dejara hacerlo y con el que todavía mantiene amistad. Este preadolescente es un ser curioso, poseído sin remisión por unas ansias de conocimiento que sabe con seguridad inevitables, y que se simbolizan en su interés por enterarse de todo lo que tiene que ver con la llegada del hombre a la luna. La edad o el saber mismo lo hacen ya consciente de que eso lo torna diferente, y de que por estudiar ha de pagar un precio, por ejemplo, perder a los amigos de infancia con los que jugaba en la plaza (2006: 251):

«Ellos han empezado a convertirse en campesinos, en carpinteros, en mecánicos: sin saber cómo yo me he visto apartado, al menos provisionalmente, del destino común que me unía a ellos, y ahora voy a un colegio en el que he comprobado de cerca por primera vez que en el mundo hay pobres y ricos, alumnos becarios y alumnos de pago, hijos de notarios o de

médicos o de terratenientes o de registradores de la propiedad e hijos de pobres cuyas familias no conoce nadie. En la escuela primaria todos los niños eran como yo y casi todos procedían de mi mismo barrio de campesinos y hortelanos: en el colegio, inesperadamente, estoy solo y no me parezco a los demás y observo la deferencia con que los curas tratan a algunos alumnos por muy crueles o revoltosos que sean y la altanería con que otros alumnos me miran y me hablan [...]».

En este libro hay un pasaje especialmente emotivo en el que se reproduce una charla del narrador con su padre en el frescor veraniego de la huerta mientras cogen tomates. Le pregunta el hijo si de niño iba a la escuela y si le hubiera gustado estudiar, y el hombre le confiesa que le gustaba la escuela, pero que no tenían ni para comer, mucho menos para comprar cuadernos y lápices; contesta: «Las carreras sólo eran para los señoritos. Pero tenía un maestro que me quería mucho, y me decía que si me empeñaba podría estudiar» (2006: 192). Quizás el padre poseía esas mismas aptitudes que ahora están aflorando en el hijo, pero el tiempo histórico de su infancia decidió irremediablemente y no pudo eludir ese destino miserable de campesino, empedrado de madrugones, de fríos y calores extremos, de carencias y de esfuerzo físico.

A través de la educación —y, no lo olvidemos, de su predisposición y su gusto por el saber— logra salir también Ignacio Abel en *La noche de los tiempos* (2009) del semisótano de la calle Toledo en el que se cría como hijo de la portera de la finca y de un maestro de obra socialista; con su esfuerzo en el estudio consigue no perpetuar el trabajo de obrero de su padre y llegar a ser arquitecto

y profesor universitario. En la novela aparece el ideal de educación laica de Abel, que lleva a sus hijos al Instituto Escuela de la Institución Libre de Enseñanza porque no quiere que caigan bajo el adoctrinamiento de la Iglesia, que ya aportan en más medida de la deseable su mujer y su familia política. Aspira a que en el país haya unas escuelas públicas luminosas y cómodas, con patios soleados y gimnasios bien equipados, a las que acudan los hijos de los trabajadores, en las que «la racionalidad del saber no esté corrompida por la religión y en las que el mérito prevalezca sobre el origen y el dinero» (2009: 260).

Por fin, en «El miedo de los niños» (2011), el relato que cierra el volumen *Nada del otro mundo*, la infancia, sus miedos y los recuerdos de la escuela son los protagonistas casi únicos. El escritor, como en otras ocasiones, se subsume y se desdobra en los dos personajes protagonistas. En ambos niños identificamos su propio contexto vital: el padre de uno es lechero y el del otro panadero, las mujeres de la casa cocinan y limpian sin desmayo y todos trabajan muy duramente; las calles por las que corren Esteban y Bernardo son como las de Mágina..., el pulso de la vida es, en suma, el mismo que pauta el tiempo en otras evocaciones incluidas en sus novelas. Mientras en Esteban reconocemos su confesado miedo a la brutalidad de los deportes y de los juegos de los niños o su prisa por llegar a casa por las tardes para escuchar la novela de la radio, en Bernardo, cuya discapacidad física puede leerse también como metáfora del mismo miedo, identificamos el gusto por la lectura, por la evasión y la aventura que proporcionan los libros o el cine y, sobre todo, la imaginación —rayana para él en la mentira— como válvula de

escape de la cotidianeidad o, al menos, como artífice de otra realidad que en nada se parece a la suya. Junto a los tísicos, los mandiles azules de cuellos y puños blancos, el pelo mojado y aplastado al salir de casa cada mañana, las fotos delante de un mapa simulando absurdamente una llamada por teléfono, los cuadernos rayados de papel áspero o la historia sagrada que se mencionan en obras anteriores, aparecen en este relato las permanencias, las carteras de cuero colgadas a la espalda y olorosas a piel y a escuela, la enciclopedia Álvarez, las meriendas de pan con aceite, las ruidosas sesiones de cine de los sábados, los estuches de dos pisos con la goma de borrar redondeada por el uso, las canicas, los cromos, los niños abusones, los practicantes con sus jeringas enormes, el miedo a la noche, a perderse o a los adultos desconocidos... Todo se condensa en el inventario final que se derrama de la cartera de Bernardo cuando la recibe Esteban ya adulto, un despliegue simultáneo de objetos y sensaciones que constituye en cierto modo el epítome de lo que para Muñoz Molina es la quintaesencia del recuerdo escolar infantil.

En efecto, en estas novelas de Muñoz Molina la evocación de la infancia y de la experiencia de la escuela se desgrana en una reconstrucción detallada y precisa, repleta de elementos de todo tipo pero, especialmente, sensoriales: sabores, olores, texturas, temperaturas, tactos, sonidos... Su memoria ha retenido sucesos, historias y conversaciones sobre un telón de fondo de contundente presencia (1991: 76 y 78):

«Me acuerdo del invierno y del frío, del azul absoluto de las mañanas de diciembre y del sol helado en la cal de las paredes. [...]

...de la luz húmeda y dorada de los días de lluvia y del verde de la hierba recién aparecida en los intersticios del empedrado y de la intensidad con que el sol relucía en ella y me veo a mí mismo desde mi distancia y mi estatura de adulto buscando insectos para guardarlos en una caja de cerillas [...] siempre solo, salvo cuando estaba con mi amigo Félix, siempre mirando de lejos los juegos de los otros, asustado por ellos, que se maltrataban ferozmente entre sí y perseguían con saña a los débiles, a los pequeños y a los tontos, escondiéndome tras la ventana del portal para espiar sin peligro sus juegos y sus conversaciones, imaginándome aventuras que agrandaban el tamaño de los lugares y de las cosas...».

Sin embargo, y en contra de lo que quizás sería esperable, no se puede afirmar, *stricto sensu*, que haya añoranza o melancolía en esta contemplación del tiempo pasado. El tratamiento que Muñoz Molina hace de sus recuerdos puede pecar de idealización en algunos aspectos por efecto de la ternura y la felicidad —¡qué difícil es sustraerse a la identificación de la infancia con el paraíso!—, pero lo que provocan la adjetivación justa y la narración precisa es más bien sensación de cercanía, tornan sus experiencias más próximas y vívidas para el lector, de modo que por esta vía lo personal puede trascender hacia lo colectivo y la reflexión sobre su intrahistoria se proyecta sutilmente a la Historia.

No se trata de mera nostalgia, sino de «reconocimiento», de búsqueda de claves y sentidos, de narrar para comprender y ordenar la vida, de rememoración meticulosa y reiterativa para dibujar la conciencia exacta de los hechos que han encadenado su destino hasta llegar al presente deseado; en

sus propias palabras: «Me interesa la memoria como posibilidad de plenitud del presente. Si el presente verdadero es la suma de todos los instantes del pasado, la memoria es una manera de explicar el presente». Muñoz Molina desea mantener a toda costa esos recuerdos que no solo no se han desvaído sino que no quiere olvidar, que exhibe y no oculta porque le ayudan a entender quién es y por qué es como es. Para el escritor es importante «no olvidar nuestros orígenes, nuestro linaje» (2004: 48), por eso nunca ha ocultado ni ha olvidado un destino del que él sí logró salir. La comparación del mundo paradisiaco pero finito y cerrado de Úbeda-Mágina con el mundo que se le abrió por el hecho de poder salir a estudiar, primero a Madrid y luego a Granada, explica esta constante aparición que también es una identificación sorprendida y agradecida de la suma de causas y azares que lo permitieron. De aquí el afán de descubrimiento, desde la distancia que permiten los años, del significado de una serie de pequeños sucesos que pudieron parecer en su momento irrelevantes y que ahora se entienden como puntos clave que dibujan las curvas de nivel de la topografía de una vida, un mapa que se ha delineado con lentitud pero con un sentido teleológico que solo ahora se percibe —«presentes pasados» los denomina Ibáñez Erlich (2000)—: el de llegar a hacer de él la persona que es ahora, ante todo «un hombre que aspira a ser justo», que tiene como meta, además del perfeccionamiento de su trabajo, aprender a vivir y a morir; un liberal ilustrado, socialdemócrata, progresista y laico, con la ilusión de ser escritor cumplida, pero también un solitario y un desarraigado porque eso son, como consecuencia de su trayectoria, «las personas que somos mestizas y que somos

extranjeras porque hemos nacido en un medio muy distinto al de ahora...».

La descripción de ese tiempo de su infancia es bastante realista y no se obvian los aspectos negativos. La falta de agua corriente o de luz eléctrica no se tiñen de ingenuo primitivismo, se presentan como lo que de verdad son para quienes las han sufrido: como condiciones de dureza de unas vidas difíciles en muchos aspectos. De hecho, en sus novelas más recientes, quizás marcando como punto de inflexión *Sefarad*, la evocación demorada y sensual de colores, paisajes, olores y emociones de la infancia que hace Muñoz Molina ha ido compartiendo espacio progresivamente con anotaciones históricas, políticas y hasta filosóficas que fundamentan la visión del autor sobre el mundo en general y sobre la educación en particular. A través de la memoria personal el escritor revisa la memoria colectiva, la historia oficial, la que fue y la que pudo haber sido en determinadas coyunturas que se frustraron (desde el progresismo liberal del XIX a la II República), y busca causas y, sobre todo, consecuencias sobre las que advierte con lucidez y persistencia.

Así, en *La noche de los tiempos* esta evolución que anotamos en la escritura de Muñoz Molina hacia una mayor presencia de la reflexión o de las digresiones de tipo histórico, ético o político, se manifiesta en una serie de ideas vertidas normalmente por Abel —y también por Negrín en sus conversaciones con el primero—, que nos permiten profundizar en los motivos, por así decir, *racionales* de sus juicios y opiniones. Para Ignacio Abel, en el ejercicio de cualquier profesión hay que mantener el carácter de «maestro», la conciencia de desempeñar un

«oficio», lo cual implica el gusto por hacer bien el trabajo, con inteligencia, precisión y habilidad, de modo que los productos resultantes sean sólidos y duraderos: solo así se podrá contribuir desde todos los ámbitos, por insignificantes que parezcan, al bienestar y al progreso de las personas. Mientras mira la foto de una familia campesina ante su choza de paja, piensa Abel (2009: 107):

«...la arquitectura de los nuevos tiempos había de ser una herramienta en el gran empeño de hacer mejores las vidas de los hombres, de aliviar el sufrimiento, de traer justicia, o mejor todavía, o dicho de una manera más precisa, de hacer posible lo que esa familia de la foto no había visto nunca y ni siquiera sabido que existía, el agua corriente, los espacios ventilados y saludables, la escuela, el alimento suficiente y a ser posible sabroso; no un regalo, sino una devolución; no una limosna sino un gesto de reparación por el trabajo nunca recompensado, por la destreza de las manos y la finura de las inteligencias...».

Su precoz consciencia de las diferencias y de las injusticias sociales y de cómo la educación puede contribuir a paliarlas es la base de su compromiso como intelectual por una sociedad ilustrada. Esta toma de postura es bastante evidente en la narrativa, pero tiene mayor desarrollo en la que podríamos llamar su otra actividad principal de escritura, los artículos de periódico, en los que desde que empezó a publicarlos a menudo opina sobre educación.

Tanto en su último libro de ensayo, *Todo lo que era sólido* (2013), como en sus frecuentes y continuos artículos en la prensa —también agrupados en varias recopilaciones:

El Robinson urbano, 1984; *Diario del Nautilus*, 1986; *Las apariencias*, 1995; *La huerta del Edén*, 1996; *La vida por delante*, 1998— manifiesta a menudo su respeto por la labor de los enseñantes, los defiende sin fisuras cuando se menosprecia su trabajo, cuando los políticos ignoran sus criterios al diseñar reformas o cuando los agreden padres que han desertado de ser los educadores de sus hijos. Lamenta su desaliento causado por el desinterés de los estudiantes, vivido de forma bastante directa porque varios de sus compañeros de estudios se dedican a la docencia en distintos centros y asignaturas, y no deja de insistir, recurriendo asimismo al relato de su experiencia, en la importancia del instituto por ser el espacio y el tiempo en que uno empieza a sentirse adulto, autónomo y responsable.

A menudo ha dedicado columnas y conferencias a la enseñanza de la lengua y la literatura. Si hay algo que Muñoz Molina agradezca es el don de la lectura, el haber conocido la literatura, de tal modo que reconstruir su itinerario de lector desde su infancia sería un reto tan interesante como complejo por la amplitud con que ha desgranado desde siempre comentarios sobre sus autores y sus obras preferidos. En su opinión, el buen uso del lenguaje ha sido una de las víctimas del sistema educativo, a casi nadie le parece un valor expresarse con precisión y riqueza. La otra consecuencia es la pérdida de la formación literaria. Afirma en una entrevista de 2011 con motivo de un curso que impartió en la Universidad Pública de Navarra:

«En la escuela se insiste más en la sintaxis y en la gramática que en descubrir el placer por la lectura. Los colegios deberían ser un lugar fundamental para fomentar ese placer. Escribir

y leer sirve para ser más feliz, para desarrollar nuestras emociones más plenamente, sin contar con la adquisición de conocimiento que nos proporciona. La gente tiene capacidad para el placer si se le da la oportunidad de formarse».

Y en «La disciplina de la imaginación» (1998):

«Comprenderán también que desde mi punto de vista la tarea del que se dedica a introducir a los niños y a los jóvenes en el reino de los libros es la de enseñarles que éstos no son monumentos intocables o residuos sagrados, sino testimonios cálidos de la vida de los seres humanos, palabras que nos hablan con nuestra propia voz y que pueden darnos aliento en la adversidad y entusiasmo o fortaleza en la desgracia».

Arremete, desde que se gestaba la LOGSE —«los planes de estudio y las temibles reformas educativas, que tienen la infatigable virtud de empeorar todo desastre», dice textualmente en «La disciplina de la imaginación»— contra los pedagogos que con jerga hermética han predicado la inutilidad de la memoria o la prioridad de conocer lo local casi con exclusividad, dando lugar al menosprecio del esfuerzo para aprender porque todo tenía que ser lúdico para que fuera motivador, como si el placer del conocimiento no fuera una recompensa suficiente. Se ha consagrado así desde la escuela una pérdida de valor del estudio y de la disciplina intelectual que, acompañada de la falta de responsabilidad de los padres, ayudan a entender la situación en la que nos encontramos.

Numerosas son también sus intervenciones en contra de las decisiones absurdas de los políticos de uno y otro signo en un terreno que no parece de verdad importar a

casi nadie porque tampoco interesan las humanidades, la historia, la geografía, la literatura o la filosofía, las cuales, paulatinamente, bajo gobiernos de distintos partidos, han ido desapareciendo de los planes de estudio. Denuncia que en este país nuestro ni el saber en general ni las ciencias en particular son valores a los que aspira la sociedad; antes al contrario, los políticos ha dejado que se degradara la educación o han fomentado abiertamente la ignorancia para poder así difundir mentiras y leyendas sin miedo a que los refutaran (2013: 99). Esto explica que haya habido dinero para despilfarrarlo en casi todo, menos en una educación pública rigurosa y en la investigación científica (2013: 53). En todo caso, la Cultura ha sido el campo del prestigio mientras la Educación era la olvidada, la que ha sufrido el mayor descrédito. Le indigna que la derecha haya seguido dando privilegios a la iglesia en el terreno educativo, pero más todavía que la izquierda, aun viniendo de la tradición del universalismo ilustrado y del internacionalismo obrero, haya consentido que la religión esté en el primer plano en la vida ciudadana (2013: 74-75) y haya dejado que se deterioren los servicios públicos, como la sanidad, la justicia o la enseñanza pública, mientras esos mismos responsables políticos se llevan a sus hijos a estudiar al extranjero.

Critica, en fin, como consecuencia —o quizás como causa— de esta conjunción de factores, la falta de pedagogía democrática, de educación cívica, el poco cuidado con la naturaleza, los excesivos accidentes de tráfico, el incivismo en las calles y en los espacios públicos (ruidos, basura), el exiguo apoyo prestado a la ciencia y a la cultura para favorecer las fiestas populares y las televisiones de poca calidad..., el gasto desaforado en lo innecesario cuando

las escuelas se caen de viejas o cuando se hace viajar a los niños en autobús por no mantener las de localidades pequeñas porque no son «rentables».

Cerrar estos breves apuntes sobre la presencia de la educación en la obra de Antonio Muñoz Molina es fácil porque pueden rematarse con la misma palabra que podía haberlos iniciado, la palabra que —con mayúsculas y rodeada por un círculo— anoté en el centro de la primera página del cuaderno que he utilizado durante estos meses para tomar notas mientras releía y leía: *Ilustración*. La encontré en un recorte de *El País Semanal*, que no he podido fechar, bajo el epígrafe «Mi palabra favorita» y que sin duda da sentido a lo dicho hasta aquí:

«Ilustración significa también una cierta actitud ante la vida y las cosas: la voluntad no de ser, sino de hacerse; la conciencia de que todo, hasta lo que parece más simple y trivial, es el resultado del aprendizaje y del empeño; de que el saber es la mejor defensa de la libertad, y de que no hay ni debe haber fronteras entre los seres humanos».

Y precisamente la literatura y la lengua tienen mucho que aportar en esta tarea («La disciplina de la imaginación»):

«Uno de los lugares donde más intensamente sucede la literatura es un aula donde un profesor sin más ayuda que su entusiasmo y su coraje le transmite a uno solo de sus alumnos el amor por los libros, el gusto por la razón en vez de por la brutalidad, la conciencia de que el mundo es más grande y más valioso de todo lo que puede sugerirle la imaginación. La enseñanza de la literatura sirve para algo más que para

descubrirnos lo que otros han escrito y es admirable: también para que nosotros mismos aprendamos a expresarnos mediante ese signo supremo de nuestra condición humana, la palabra inteligible, la palabra que significa y nombra y explica, no la que niega y oscurece, no la que siembra la mentira, la oscuridad y el odio».

Esa *determinación de claridad* (2012: 39) del ideal ilustrado, esa «impertinencia ilustrada», es la que como persona y como docente he perseguido siempre, buscando ser para alguien esa maestra que menciona Harold Bloom (2000: 13): «A la información tenemos acceso ilimitado, pero ¿dónde encontraremos la sabiduría? Si uno es afortunado, tal vez se tope con un maestro que lo ayude...».

Después de casi treinta años de profesión y pese a todo mantengo casi intacta mi aspiración. La palabra de Antonio Muñoz Molina me acompaña en el camino y me sostiene en el empeño.

Muchas gracias.

MARÍA PILAR NÚÑEZ DELGADO
Granada, 1962

Nacida en Granada, se licenció y se doctoró en Filología Hispánica en su universidad.

Desde 1987 ha sido profesora de Lengua y Literatura de Bachillerato en distintos institutos de Andalucía, hasta 2002, fecha en que empieza a trabajar en el Departamento de Didáctica de la Lengua y la Literatura de la Universidad de Granada, del que actualmente es profesora titular.

Responsable del grupo de investigación “Étimo”, es autora de abundantes trabajos de investigación sobre la enseñanza de la lengua y la literatura y de publicaciones, entre las que cabe citar: *Enseñanza de la lengua oral: una propuesta didáctica para el desarrollo de la competencia discursiva oral en la Educación Secundaria Obligatoria* (Universidad de Granada, 2001); *Didáctica de la comunicación oral. Bases teóricas y orientaciones metodológicas para el desarrollo de la competencia discursiva oral en la educación obligatoria* (GEU, 2003); *Taller de comprensión lectora* (Octaedro, 2006); *Habilidades metalingüísticas y enseñanza-aprendizaje de la composición escrita* (GEU, 2008); *Didáctica de las habilidades lingüísticas en la educación inicial* (ÍTEM, 2011); *Canon y educación literaria* (Octaedro, 2012); *Aproximación didáctica a la lengua y la literatura* (Síntesis, 2014).

Has sido profesora invitada en varias universidades de Europa y América y ponente en numerosos cursos de formación permanente del profesorado.

Se considera ante todo una lectora empedernida y las distintas facetas de su quehacer profesional han buscado siempre dar cauce a su compromiso de compartir con sus alumnos lo que los libros y la lectura le han aportado, y de hacerles tomar conciencia de la importancia de dominar y conocer la propia lengua para intentar comprender el mundo en que vivimos y, quizás, a nosotros mismos.

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON ESTEBAN DE LAS HERAS BALBÁS

Excmo. Sr. Presidente
Excmos. e Ilmos. Sres. y Sras. Académicos
Señoras y Señores:

Recibimos hoy en la Academia a una mujer tiernamente lacerada en sus primeros años por la utopía, la fe, el tesón, la constancia y la ilusión por materializar su sueño. Pertenece Pilar Núñez al arriesgado cuerpo de las vanguardias, de los destacamentos y avanzadillas que se meten en las arenas movedizas y en el légamo viscoso de los meandros donde se mueven los adolescentes, para tratar de encaminar sus inquietudes hacia el cultivo de la lengua, el amor a la palabra y el gusto por la lectura. Esta función de artesana de alfar y guía espiritual, entre las arcillas expansivas que conforman las mentes de ninfas y donceles pubescentes, es una difícil y arriesgada profesión, en la que ha quemado muchos años Pilar dando clases por distintos institutos de Andalucía, llevada por su irrefrenable vocación docente.

Como nos acaba de decir, terminados sus estudios de Filología Hispánica se dedicó a la docencia. Fueron tres lustros dándose de bruces con la tozuda realidad de unos alumnos a los que no les gustaba leer, nos les interesaba la literatura. Quince difíciles años en los que tuvo que sobreponerse al desánimo con su tesón vocacional para contagiar con pasión y persuasión la fascinación que ella sentía y siente por las palabras, para hacerles ver a sus alumnos la importancia de la propia lengua y, sobre todo, abrir los ventanales de la ficción a fin de que pudieran adentrarse en esos otros mundos sin límites que guardan y ofrecen los libros a quienes se atreven a abrirlos. Fue ésta,

indudablemente, una etapa de duro bregar y de impotencia, una etapa en la que no aparecía ninguna vacuna para acabar con ese ‘ébola’ del desánimo, la molicie y el hedonismo rampante que se mete en las venas de los jóvenes a través de un estilo de vida que ridiculiza el esfuerzo y fomenta el pasotismo y la desgana.

Efectivamente era y es una arriesgada y comprometida profesión la de la enseñanza, la profesión de la nueva académica, a la que hoy damos la bienvenida a esta Institución con el reconocimiento expreso por esa labor realizada en sus quince primeros años de docente y por la larga década en la que viene ejerciendo como profesora del Departamento de Didáctica de la Lengua y la Literatura de la Universidad de Granada. En su página web confiesa que su objetivo constante ha sido y es intentar contagiar a sus alumnos la fascinación por las palabras, “hacerlos partícipes de lo que los libros y la lectura me han aportado, y concienciarlos de la importancia de dominar y conocer la propia lengua”.

Me gustaría en este momento que pudiésemos entrar con la imaginación en la casa pompeyana de Terentius Neo para ver ese conocido fresco en el que aparecen un hombre y una mujer que nos miran de frente; él con un libro en forma de rollo y ella con unas tablillas y un punzón cerca de la barbilla. El historiador francés Paul Veyne, en su capítulo sobre ‘El Imperio romano’ de la *Historia de la vida privada*, dirigida por Philippe Ariès y Georges Duby, nos describe así a esta pareja: “El marido y la mujer muestran los atributos menos dudosos y más personales de su superioridad social; no la bolsa o la espada, propios de la riqueza y el poder, sino un libro, unas tablillas para escribir y un punzón. Este ideal de cultura es

natural; el libro y el punzón son para ellos visiblemente utensilios familiares, de los que no tienen por qué hacer ostentación. Y cosa bastante rara en el arte antiguo, que no gusta demasiado de gestos familiares, el hombre apoya con aire expectante el mentón sobre lo alto de su libro (en forma de rollo), mientras que ella se lleva meditativamente el punzón a los labios”. Con muy poco esfuerzo podemos ver en la figura de esta mujer romana ‘letraherida’ a una Pilar Núñez que busca fórmulas magistrales para conseguir atrapar la atención del alumno. Guiada por este anhelo ha desarrollado una extensa labor de investigación y divulgación metodológica sobre la lectura, la lectura literaria y su enseñanza, que la ha convertido en un significativo referente en el campo de la comprensión lectora. Es autora de más de cincuenta trabajos de investigación sobre la lengua y la literatura y destaca en el ámbito académico internacional por sus decisivas aportaciones en el espacio de la oralidad y su didáctica.

Qué duda cabe de que en esta ingente labor investigadora y divulgativa a Pilar la ha guiado esa irrefrenable vocación “para hacer niños lectores” como dijo en el “II Encuentro de Plan de Lectura y Bibliotecas”, celebrado en mayo de 2009 en Osuna. Esa vocación que entronca a Pilar con el canon docente de Plutarco: “La instrucción es lo único que en nosotros es inmortal y divino”.

Podemos ahora, en otro vuelco imaginativo, acercarnos al Museo D’Orsay de París y detenernos un momento ante ‘La lectora’ de Pierre Auguste Renoir, o al museo de San Petersburgo para contemplar a ‘La joven leyendo ante una taza de café’, de Alexander Deineka. Reconoceremos en ambas jóvenes, absortas en la lectura, a una Pilar que,

terminadas las clases, busca razones para “redescubrir la dignidad de su trabajo cuando las circunstancias parecían empecinarse en desvalijarlo de todo sentido”. Y lo hace entregándose a la lectura de su autor de cabecera, Antonio Muñoz Molina, su icono desde los años de la juventud, cuando el escritor comienza a publicar su ‘Robinsón Urbano’ en el Diario de Granada y el ‘Diario del Nautilus’ en Ideal.

Atrapada en 1986 por las andanzas de Minaya en el ‘Beatus Ille’, Pilar eligió al escritor para que la acompañara en sus insomnios, en sus miradas sobre el mundo, en sus reflexiones y en sus soledades. Pero sobre todo, Muñoz Molina ha sido, como hemos comprobado tras oír sus palabras, el apoyo en momentos de duda, el soporte para reafirmarse en la labor de los enseñantes, a los que el escritor ubetense “defiende sin fisuras cuando se menosprecia su trabajo, cuando los políticos ignoran sus criterios al diseñar las reformas o cuando los agreden padres que han desertado de ser los educadores de sus hijos”.

Ambos académicos coinciden en que “el buen uso del lenguaje ha sido una de las víctimas del sistema educativo” y que “a casi nadie le parece un valor expresarse con precisión y riqueza”. Es la constatación de una tozuda realidad: el imparable retroceso y empobrecimiento del lenguaje en el marco de una degradación general de la educación, porque —son palabras de Muñoz Molina— “las temibles reformas educativas tienen la infatigable virtud de empeorar todo desastre”.

Se nos está derrumbando todo lo que era sólido, y en esos trabajos de demolición actúa de una manera importante la anticultura, esa que va de los tatuajes y grafitis —que nos entroncan con la edad de las cavernas y de los que

Arcadi Espada dice que son “la misma escoria sobre pieles diferentes”— a otros alfabetismos que ya no dependen de las letras sino de los signos, que se extienden como mancha de chapapote en las preferencias de los jóvenes y que están impidiendo con su asedio a las mentes de los alumnos el desarrollo de la creatividad, la imaginación y el verdadero placer de la lectura.

No sé si está a punto de cerrarse la puerta del futuro, ni si se morirá nuestro conocimiento en cuanto se cierre esa puerta, como avisa Dante en el canto décimo del Infierno en la *Divina Comedia*, pero estoy convencido de que esa puerta no va ni tan siquiera a entornarse mientras queden hombres y mujeres con tan clara vocación por el saber y la enseñanza como nuestra Pilar Núñez, que engrandece con su vocación y su obra a la Academia y a la que damos la bienvenida. Felicito, pues, a mis compañeros por el acierto en la elección de Pilar Núñez y felicito asimismo a la nueva académica por su bien trabado discurso, su evocación y memoria de la escuela y su mensaje de esfuerzo y constancia. Viene con el bagaje de la instrucción y con Gabriel Celaya trae en el alma “un poco de poeta... / y un kilo y medio de paciencia / concentrada. / Pero es consolador soñar / mientras uno trabaja, / que ese barco, ese niño / irá muy lejos por el agua. / Soñar que ese navío / llevará nuestra carga de palabras / hacia puertos distantes, / hacia islas lejanas. / Soñar que cuando un día / esté durmiendo nuestra propia barca, / en barcos nuevos seguirá / nuestra bandera / enarbolada”.

Te deseo, Pilar, una apacible y fecunda singladura.
Muchas gracias.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada,
en Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S.L.,
el 14 de noviembre del año 2014,
XXX aniversario de la publicación
en Silene de *El Robinson urbano*
de Antonio Muñoz Molina.
Estuvo al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. D. José Rienda,
Bibliotecario de la Academia

Granada,
MMXIV